





PASIÓN DE REY



Germán Díez Barrio

PASIÓN DE REY



Primera edición: noviembre 2019

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Germán Díez Barrio

ISBN: 978-84-18097-02-7

ISBN digital: 978-84-18097-03-4

Depósito legal: M-36917-2019

Editorial Adarve

C/ Marcenado 14

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

*A todos mis lectores y amigos que siguen mis novelas
históricas con la misma pasión que yo las escribo*



*La crueldad, lejos de ser un vicio, es el primer sentimiento que imprime en
nosotros la naturaleza.*

MARQUÉS DE SADE

Nadie es tan cruel como para no tener un noble sentimiento.



1

«... fui un rey de mi época, impulsivo, vitalista, caprichoso a veces, eternamente joven y vigoroso, desconfiado y dispuesto a atravesar con mi espada a...»



Las personas imparciales que siguieron mi estela saben que la historia a menudo me trató de sanguinario cebándose en mis crímenes y oprobios. No tuvo en cuenta que mi reinado, el de Pedro I de Castilla, fue una continua guerra civil, con bandos antagónicos e irreconciliables y si no que se lo pregunten al bastardo de Enrique. Los actos que cometí en mi vida, acertados o no, fueron medidos con distinto rasero al de otros monarcas coetáneos vengativos que pasaron por la historia de puntillas. Tras la traición de Montiel que me apartó de la vida terrenal, mi alma fue condenada a vagar sin rumbo eternamente debido a los horrores que cometí y a los que la nobleza me atribuyó interesadamente con intención de menospreciarme. ¿Cuándo hallará la paz reservada a la mayoría de los mortales? ¿Por qué otros homicidas históricos conscientes de sus delitos no son tratados de similar manera?

Mi espectro vaga por el mundo sufriendo el terrible castigo de no hallar reposo junto a otros que en el mundo han sido. Las plegarias de los 12 frailes, instalados en el monasterio de Montiel por mi hermanastro para lavar su presunta culpa ante el reino, no fueron suficientes para redimir mi ánima, o quizás ni siquiera intentaron salvar mi alma.

Cometí un error histórico no perdonable a un monarca con entereza: ser sincero y no ocultar nunca los caprichos y atrocidades que me dictó mi cabeza alocada. Otros cubrieron con un manto azul o granate, que es más propio de la realeza, la sangre derramada ocultando su culpabilidad y su espíritu reposa tranquilo en la mente de los mortales.

¿Nadie va a valorar mi respeto a las creencias de los judíos y de los árabes, cosa que no hizo mi asesino, mi medio hermano, el bastardo, que quizás fuese más cruel que yo? ¿Dónde está su ecuanimidad como monarca?

Fui amigo de moros y judíos, respeté sus juderías y sinagogas, sus mezquitas y barrios musulmanes. Los defendí contra los que los atacaban y fui muy querido por ellos.

Pero Dios es justo y sabe que fui un rey de mi época, impulsivo, vitalista, caprichoso a veces, eternamente joven y vigoroso, desconfiado y dispuesto a atravesar con mi espada a todos los oponentes de la nobleza y a los bastardos que se cruzaran en mi camino y pretendieron destronarme.

Es absurdo que juzguen mi juventud y arrojo con los ojos de siete siglos después. ¿Acaso alguno se acuerda de que la reina madre prendió y mandó matar a doña Leonor de Guzmán, favorita de mi padre, a la primera oportunidad que tuvo? Sucede a veces que la negra fama de unos pervive a costa de las actuaciones de otros que permanecen en el incógnito. Tal vez el incontrolado brillo de mi estrella deslumbrara a otros astros no menos dañinos y perversos.

Mi tambaleante figura gime desesperada a las puertas del infierno donde Pedro Botero atiza incesantemente la caldera, sin embargo yo me resisto a entrar y acabar con mi aflicción, lo mismo que en mi vida me resistí a aceptar la opinión de algunos validos y nobles que vieron en mi juventud y bisonéz la dorada oportunidad de acaparar poder, fortuna e influencia. Mi tozudez no tiene límites, y por ella estoy penando. Mi bravuconería, tampoco. Espero que las plegarias sinceras de algún monje compasivo por fin me rediman de este terrible castigo que el Todopoderoso me ha reservado. Me refiero sobre todo a algunos de los monjes con los que me crucé en mi vida.

Si me concedieran el privilegio de resucitar, de volver a la tierra que tantas veces me sobrecogió con mis arrebatos, repetiría todos los actos y tropelías que cometí en vida, volvería a ser el rey temido por mis vasallos y odiado por mis enemigos. Los palafreneros seguirían temblando a mi paso. Pero a los muertos nos está vedado rectificar. El arrepentimiento en vida, no cuando se está criando malvas, me enseñaron mis doctos educadores.

Que sepa el mundo que no me lamento de la historia de traiciones y muertes que yo viví intensamente. Con sangre sellaría de

nuevo cada una de las emboscadas que me tendieron mis enemigos y en particular la del bastardo Enrique de Trastámara, odiado por mí hasta el paroxismo. Siempre arrastró la cobardía de un perro sarnoso y tuvo que recurrir al vil engaño para consumir el regicidio, de lo contrario, habría probado el filo de mi espada y ahora el que gimiera sería él.

Fue tanta la estima que me dispensaron, tanto el amor que me profesaron mis fieles seguidores que ni después de muerto me permitieron reposar en paz. Cuando el bastardo Enrique, cometido el cobarde delito, levantó el real de Montiel y marchó a Sevilla, el arzobispo de Toledo ordenó que mis restos se inhumaran en el atrio de la iglesia de Montiel. Mi cuerpo permaneció allí unos cinco años, hasta que mi hermanastro, arrepentido de la venganza criminal y con intención de purificar su culpa o tal vez para lavar su efigie ensangrentada, o quizás para rogar por mi ánima atormentada, se hizo cargo de mí. Mi fantasmagórica imagen le perseguía las noches de tormenta hasta dejarlo totalmente abatido. Sentía en esos momentos que mi puñal se hendía en su corazón. Pero yo no soy traidor y nunca peleé con ventaja. Solo los cobardes se aprovechan de los engaños que les facilitan los demás.

Años después, mi hija Constanza, casada con el duque de Lancaster, que vino a casar a su hija Catalina con el infante Enrique, me trasladó a Puebla de Alcocer. Creí que allí permanecería para el resto de los siglos; no obstante, mi nieta, también de nombre Constanza, llevó los restos al convento de Santo Domingo el Real, de Madrid, donde permanecí cuatro siglos, hasta que me llevaron al Museo Arqueológico Nacional. Todavía me faltaba un paso para acabar el peregrinaje: el ayuntamiento de Sevilla, agradecido por cuanto hice por la ciudad, los reclamó y colocó en la Capilla real del Real Alcázar, donde permanecen. Me siento honrado reposando en un edificio tan distinguido. Cuando algún visitante, al leer en la placa mi nombre, me tacha de cruel y asesino, se me revuelve la sangre y levantaría la lápida de la tumba mostrando la sombra terrible de los desesperados. Pero debo ser generoso con los que me

custodian y con la ciudad que requirió mi presencia cenizosa. Me consuela saber que algunos, pocos, mantienen mi epíteto de Justiciero, que también me regaló la historia, especialmente algunos destacados gobernantes que supieron entender las encrucijadas en las que yo había vivido. ¡Qué contrastes pasea la historia!

Desde este lugar privilegiado en que moro, solo me cabe revolver mis cenizas para que los tiempos venideros no sean tan crueles conmigo como certifican que yo fui en los años que goberné en Castilla. A veces no me quedó más remedio que desenvainar la espada, me desesperaba con algunas maneras de actuar de ciertas personas. Estando en una ocasión en Madrid quise saltar la tapia del convento de Santo Domingo para conversar, convencer e intimar con una novicia que me habían asegurado que su belleza deslumbraba al sol. No me pude contener y cuando iniciaba mi aventura amorosa, un religioso me detuvo junto a la tapia del convento.

—¿Qué hace aquí su majestad en este lugar sagrado donde solo habitan religiosas de clausura?

—Pues yo he venido a...

—Sé perfectamente cuáles son vuestras intenciones libidinosas. Me han asegurado que venís en busca de la joven novicia que ha ingresado recientemente.

—¿Y vos qué hacéis aquí? ¿Son estas horas propias de un religioso? ¿No estaríais mejor en el convento rezando?

—Estoy aquí para impedir que cometáis semejante acto lascivo por el que Dios os pedirá cuantas. ¿No os da vergüenza, majestad, perseguir y comprometer a una joven dulce e inmaculada? ¿Qué solicitáis de ella?

No me pude contener. Me hirvió tanto la sangre que desenvainé la espada y le asesté una puñalada mortal. Presto abandoné el lugar sabiendo que había cometido un acto condenable.

Transcurrieron unos días y cada vez que yo pasaba cerca del convento, una sombra me seguía. Llegué a impacientarme, no sabiendo si era una obsesión mía o una realidad.

Un día, por fin, me volví y me encaré con firmeza con la sombra inquiriéndola:

—¿Quién sois? ¿Qué queréis de mí?

—Si queréis saber quién soy, debéis acudir conmigo hasta el pozo que hay en el patio del convento.

Al llegar junto al brocal del pozo, la sombra se transformó en el fraile que yo había apuñalado.

—Soy el clérigo —me confirmó— al que asesinasteis porque os censuré vuestra intención de quebrantar la clausura del convento para deshonorar a una novicia.

—¡Mal rayo os parta! Me privasteis de lograr una gran satisfacción. Os di vuestro merecido.

—A cambio de vuestra malvada actuación..., os adelanto que vuestro hermanastro Enrique os matará con el mismo puñal con el que vos me quitasteis la vida, y que seréis piedra en Madrid.

Que mi hermano intentase matarme no era nada nuevo para mí, pues yo juraría que era su obsesión. Sabría defenderme de él; ahora, lo de *ser piedra en Madrid* me dejó con la intriga.¹

De mi tránsito por esta vida terrena mantengo la irrefrenable pasión por las mujeres, que fueron mi consuelo y mi grandeza, el sentido pleno de mi existencia. Amé a muchas, pero fue doña María de Padilla quien me colmó de la dicha reservada a los mortales más privilegiados. Mujer de buen linaje, hermosa hasta compararla con una divinidad, pequeña de cuerpo y grande de entendimiento, la idolatré hasta convertirla en la esencia de mi vivir. Si se me concediera la prerrogativa de regresar un día a la tierra, los primeros instantes se los reservaría a ella. ¿Qué es del hombre sin una mujer que le ilumine los sentimientos más bellos? Solo tierra y monotonía, no campo dorado de flores relucientes y aromáticas.

¹ Al final se cumplió la profecía del religioso: Pedro I fue asesinado por su hermanastro Enrique de Trastámara. Inicialmente, después de que sus restos abandonaran Montiel, fue enterrado en La Puebla de Alcocer; su nieta doña Constanza, siendo abadesa de Santo Domingo, ordenó traer el cadáver al convento y construyeron un sepulcro sobre el que se depositó una estatua.



2

«De Burgos conservo el vigor y el carácter recio de buen castellano. Los fríos invernales y el calor del estío me hicieron fuerte y resistente como un roble, árbol esparcido por estas tierras tan queridas y hospitalarias...»



El destino que la historia, caprichosa unas veces y partidista otras, me tenía reservado quiso que la muerte de mi padre, el rey Alfonso XI, al cumplirse la mitad del siglo, víctima de los últimos ramalazos de la *peste negra* que asoló su campamento en el cerco de Gibraltar, precipitase mi ascensión al trono de Castilla y León como único heredero cuando yo tenía 16 años y toda la vida por delante. Eran tiempos de corto vivir: nos hacían madurar pronto y envejecer temprano.

Me vio nacer una ciudad castellana, dominada por una catedral gótica capaz de cegar al mayor hereje, en el monasterio de Santa María la Real de las Huelgas, el 30 de agosto del año de gracia de 1334. Aún no había cumplido un año cuando llegó una delegación de Eduardo III de Inglaterra proponiendo una futura boda mía con su hija Isabel. Mi padre la rechazó por considerar que era muy prematuro pensar en un enlace matrimonial. Tanto Inglaterra como Francia querían contar con nuestra poderosa marina castellana, con la intención de controlar estas dos naciones el Canal de la Mancha, el brazo de mar del océano Atlántico que lo comunica con el mar del Norte.

De Burgos conservo el vigor y el carácter recio de buen castellano. Los fríos invernales y el calor del estío me hicieron fuerte y resistente como un roble, árbol esparcido por estas tierras tan queridas y hospitalarias, donde a nadie se le niega un mendrugo de pan y un trago de buen vino. Allí di los primeros pasos, aprendí los primeros juegos, quebré más de una espada ejercitándome en su manejo y en el difícil arte de la esgrima, y levanté las primeras faldas a las damas que estaban a las órdenes de mi madre. ¡Cómo se reían cada vez que mis dedos, fingiendo jugar, buscaban la flor de lo desconocido! ¡Qué atrevido es el principito!, exclamaban entre bromas, ¡y qué pícaro! En esto de las faldas salí a mi padre

Alfonso XI que, aunque estuvo casado legalmente con María de Portugal, como correspondía a los deberes de un legítimo rey, tuvo una amante Leonor de Guzmán a la que cubrió de besos y de hijos. Le dio diez hijos bastardos. Cuando fueron creciendo los colocó en importantes cargos: las mujeres eran internadas en conventos o destinadas al matrimonio con nobles y a los varones se les propiciaba algún título de la corona, algún cargo militar o episcopal. Su habilidad le propició crear una estructura de intereses e influencias favoreciendo a familiares y amigos. Por ella se vieron beneficiados, además de muchos parientes, destacados linajes como los Enríquez, los Coronel y los Lara. Leonor a sus hijos los colmó de honores y señoríos, entre los que figuraban don Enrique (conde de Trastámara), don Fadrique (maestre de la Orden de Santiago), don Tello y don Juan, todos ellos *bastardos* —es la palabra que con mayor desprecio pronuncio porque se me atragantan las erres que no son letras limpias—, sin derecho alguno al trono.

Cuando mi padre conoció a Leonor de Guzmán, se quedó prendado de su belleza, era una joven que había enviudado de Juan de Velasco. Era una dueña muy rica, de familia nobiliaria y aseguraban que en hermosura era la más apuesta mujer que había en el reino. Con esa excelente presentación el monarca castellano no tuvo dudas en la elección. Se convirtió en la principal consejera de mi padre. Reunió un gran patrimonio, sobre todo por las donaciones que el soberano la recompensaba por el nacimiento de cada uno de sus hijos con señoríos distinguidos y heredades, y tuvo diez hijos con el rey.

Mi padre, que solo tenía ojos para su favorita, me abandonó y me quedé con mi madre a vivir en el Alcázar de Sevilla. Fue el obispo Juan Saavedra el que se ocupó de mi educación religiosa. De la militar asignaron al maestre de Santiago Vasco Rodríguez Coronado. Me designaron como ayo a Juan Alfonso de Alburquerque. Solo, pero muy controlado.

Eduardo III volvió a ofrecerme en matrimonio la mano de otra de sus hijas, Juana, cuando yo había cumplido los ocho años. Y tres

años después tuve otra oferta de matrimonio: en 1345 me propusieron casarme con la infanta Juana de Inglaterra; sin embargo, la infanta murió y todo quedó en una propuesta.

Fue tanto el amor que mi padre tuvo por su queridísima Leonor que permaneció junto a ella más tiempo que junto a su legítima esposa. Este desprecio y humillación nunca los perdonaría la reina madre. A la realeza, la fortuna nos tiene reservadas estas satisfacciones: disfrutar de lo que realmente nos colma de gozo. La obligación de contraer matrimonio por intereses de estado para ampliar fronteras y afianzar la seguridad en los territorios existentes nos permite estos y otros escarceos amorosos y a menudo descuidamos a la legítima esposa y caemos en los brazos de una dama de la corte o de cualquiera otra mujer que nos encandila con sus encantos. Yo tampoco me libré de caer repetidamente bajo el manto de Venus. Hasta el cronista Pedro López de Ayala, que se pasó al otro bando, difundió, en mi halago, que dormía poco y amé a muchas mujeres. Hombres somos y nuestra lasciva inclinación no se diferencia de la del resto de los vasallos. «¿Cómo un rey tan despiadado pudo esconder infinitos sentimientos amorosos?», se preguntarán algunos. Donde habla la pasión, calla la razón.

Aunque los vástagos de mi padre con la concubina fueron diez, nueve varones y una hembra, solo yo, hijo de la reina, en muchos momentos distante y hasta enfrentado a ella, era el legítimo heredero de la corona. Muchos fueron los que me desautorizaron, incluido el bastardo Enrique, que, para deslegitimar mi ocupación del trono castellano, hizo correr el infundio de que la reina al dar a luz una hembra, a la que no deseaba, la cambió por el hijo de un judío, es decir, por mí, para darle al rey un ansiado heredero y ver cumplidas así sus aspiraciones y anhelos. Con firmeza y convicción, hice valer mis derechos y me ceñí al cetro, no sin antes quitar del medio a los que conspiraron contra mí. También ahora estaría dispuesto a sacar las tripas a todos los traidores que metieron el hocico donde no les correspondía. La lucha por el poder y por aprovecharse de la juventud e inexperiencia del monarca cegó a la

nobleza, ávida de anexionar cualquier pequeño castillo o villorrio. Las personas cercanas siempre me recordaron con admiración al preceptor que tuve durante mis primeros años, cuando todavía estaba en pañales, mi ayo don Vasco Rodríguez Coronado, maestre de Santiago, que comenzó mi crianza y educación. Al morir este, era yo muy niño, la continuó un compatriota de mi madre, don Juan Alfonso de Alburquerque, favorito suyo hasta que cayó en desgracia y tuvo que huir a Portugal.

Ya he dejado constancia de que tanto mi madre como yo fuimos apartados automáticamente de la corte. Con ella pasé mi infancia, padeciendo el alejamiento paterno. Vivimos en el Alcázar de Sevilla, aislados de la corte, hijo y esposa legítimos. Ella, la reina María de Portugal que había sufrido en silencio el desvío y la adúltera relación de mi padre, entregado al apasionado amor de doña Leonor de Guzmán, que había padecido durante tantos largos años la postergación y humillación en la corte castellana, se vengó descaradamente de esta mujer, su rival: cuando la amante viajaba a Sevilla en el cortejo fúnebre de mi padre, le mandó prender y trasladar al Alcázar de Talavera, donde sufrió las iras y caprichos de una mujer ofendida hasta que ordenó su muerte. Nunca perdonaría mi madre que la relación con la concubina fuera más sólida que el propio matrimonio real. Nadie sabe de lo que es capaz una mujer ultrajada. Desde su cautiverio, la favorita Leonor no se rindió y conspiró permanentemente para convertir en soberano de Castilla a su hijo Enrique.

La historia fue parcial cargando las tintas sobre mi persona tratándome de cruel y sanguinario como que fuera yo el único que ató a sus enemigos. No han querido reconocer que mi crueldad fue en defensa propia. Nunca he escondido mi carácter desconfiado y vengativo. ¿Qué hizo la reina madre, despechada, con la amante de mi padre? Lo mismo que yo con mis adversarios: cortarle la respiración. Al enterarse de que Leonor de Guzmán había acordado en secreto el matrimonio entre su hijo Enrique y la hija de don Juan Manuel, un noble influyente que ya era conocido por haber escrito

el *Libro de los ejemplos del Conde Lucanor et de Patronio*, me instigó para que la encerrara en el castillo de Carmona y más tarde la ejecutara en Talavera de la Reina, ciudad concedida por mi padre como regalo de boda a mi madre en 1328. Aunque la decisión fue de mi madre, la historia me cargó a mí con el crimen. ¿En este caso dónde está la diferencia entre los dos? ¿Quién juzgó al rey don Pedro de Portugal, contemporáneo y tío mío, autor de las espantosas ejecuciones de Santarem y el exhumador del cadáver de Inés de Castro? ¿Tan pronto nos hemos olvidado del rey de Aragón Pedro IV, *el Ceremonioso*, también coetáneo mío, a quien se acusaba de la muerte de su hermano don Jaime y que fue el autor del asesinato del infante don Fernando y del criminal proceso seguido contra don Bernardo de Cabrera, que costó la vida a este magnate? También de esta época era Carlos II *el Malo* de Navarra, por cuyas insidias y traiciones tanta sangre derramó en Francia.

Nunca he negado que yo fuera una persona impulsiva, desconfiada, iracunda, colérica; sin embargo, de ahí a tratarme de cruel y salvaje median muchas leguas.

A mi negra fama contribuyó especialmente la pluma del cronista López de Ayala, enemigo visceral. El canciller sirvió al mejor postor plegándose a los intereses de la dinastía triunfante, la trastamarista, no en vano ocupó con ellos varios cargos. Yo no digo que falseara abiertamente la historia, sin embargo, sí magnificó y retocó determinados hechos, que si no hubiera sido por él tal vez hubieran pasado desapercibidos para la posteridad. Cargó las tintas con intención en las ejecuciones que ordené, que no fueron premeditadas, sino producto de mi carácter enérgico y juventud y, sobre todo, de la situación hostil que permanentemente sufría el reino y su rey. Se puede decir que muchas veces actué en defensa propia.

Si ahora viviéramos, le cortarí de cuajo la mano derecha al canciller para que no difundiera deliberadamente falsedades. Pero en estos instantes sombríos no hay hueco para el lamento ni para la aflicción, solo atisbo un rayo de esperanza: al terminar de escribir los pormenores de esta desgarrada vida, quizá todos

mis fantasmas desaparezcan y quede liberado para la eternidad de los siglos.

Si López de Ayala se hubiera enterado de alguna de mis excursiones nocturnas, lo hubiera aireado por toda la corona. Estaba yo muy intrigado en conocer las diversiones que se daban en los prostíbulos y en algunas tabernas donde además de beber vino, jugar a los dados, conversar, algunos se divertían con damas de medio manto.

—¡Cuánto me gustaría ver un... prostíbulo!

Se lo dejé caer a mi consejero, que puso cara de extrañeza.

—¿Para qué queréis ver un prostíbulo, majestad? ¿Qué os imagináis que hay en él? Gente de mal vivir y poco recomendable para su alteza. Os podéis ver envuelto en algún altercado por culpa del vino y las mujerzuelas. Si hay algún revuelo, los rufianes encargados en mantener el orden no repararán en dar golpes y en sacar prestos la daga.

—Quiero saber cómo se divierte el pueblo llano. Conozco las diversiones y los goces de la nobleza, el clero, los guerreros... Debéis entender que me gustaría visitar los arrabales y comprobar cómo se divierten...

Mi consejero pretendió quitarme la idea de la cabeza con su intervención:

—Yo os puedo decir todo lo que ocurre en un lugar donde los hombres se juntan con las mujeres para disfrutar, para folgar desenfrenados, previo pago de lo que acuerden.

Hablé con convicción:

—Prefiero experimentarlo, palparlo, verlo, para así hablar con conocimiento.

—¿Entonces queréis yacer con una cantonera?

—Lo estoy deseando.

—Si tanto interés tenéis..., yo os puedo acompañar. Mucho me temo que saldréis decepcionado. Son gente de baja condición, que se afanan obsesos en satisfacer los instintos más bajos.

—Iré disfrazado con ropas gastadas para que nadie piense que soy un... noble.

Al día siguiente, al caer la tarde, vestidos con un disfraz que no nos conocíamos ni nosotros mismos, atravesamos la ciudad y nos dirigimos a los arrabales donde estaba el lugar que yo tanto ansiaba visitar. Mi consejero me condujo a una taberna extramuros de la ciudad que se anunciaba con una lamparilla. De momento me pareció un lugar siniestro.

Iba tan emocionado con vivir nuevas experiencias que al atravesar el umbral de la puerta tropecé con una mujer cumplida de formas. Mi acompañante me dirigió hacia el interior donde unos candiles iluminaban el espacio. Los hombres muy animosos llenaban el lugar: unos tiraban los dados, otros conversaban en torno a una jarra de vino acompañada de unas castañas o de unos tacos de queso. La alegría era generalizada. Al fondo, en un espacio con menos luz, unas mujerzuelas se reían y divertían con unos hombres que yo sospeché que habían acudido allí para calmar los ardores de la carne. El jolgorio y la pasión eran manifiestos. Se respiraba un aire de gran goce y enormes ganas de vivir.

Mi consejero fue muy decidido y pidió una jarra de vino y queso. Él dio buena cuenta de lo que nos sirvieron y yo apenas bebí un trago de vino, estuve más atento a los movimientos que ocurrían en la taberna que a saciar mi hambre. Las busconas se mostraban alegres y divertidas. Nadie diría que no disfrutaban con su trabajo, pero una cosa es lo que se ve y otra lo que cada cual lleva dentro.

Dos pendangas se sentaron en nuestra mesa. Mi consejero las recibió muy amablemente.

—Sois muy bien recibidas —sin duda estas palabras les inspiraron confianza a las dos mujerzuelas.

—Se nota que sois gente distinguida —dijo una de ellas—, caballeros con mucho porte; no hay nada más que ver la ropa que lucís y el recibimiento.

La otra, viendo que yo era el más joven y supongo que pensara que era el más necesitado y el más fácil de convencer, se aventuró sonriente y pícaro:

—¿Queréis disfrutar un buen rato de goce conmigo? ¡No os arrepentiréis! ¡Soy toda pasión!

La duda se apoderó de mí y el deseo me desbordó. Era una hembra joven, sensual, generosa de formas y supuse que con deseos de satisfacerme por unas monedas.

Inicialmente mi protector consejero me lanzó una mirada furibunda que me paralizó. Al ver mi rostro de sorpresa y supongo que también de deseo, se reblandeció y me dedicó una sonrisa de complacencia.

Entendí que aprobaba mi ferviente anhelo y que podía consentir que yo yaciera con una mujer.

Nos fuimos a un lugar apartado y allí ella tomó la iniciativa y me fue guiando por los deleites del amor. Yo le dejé la decisión pues a todas luces debía llevarla ella al ser una persona experimentada en los lances del amor.

Nunca me imaginé que la vida me reservaba goces tan supremos. ¡Qué difícil es explicar la sensación que siente uno cuando alcanza la gloria! ¡La gloria terrenal!

Al finalizar la suprema satisfacción, tan gozosa, la soldadera me confesó:

—Para ser tan joven como creo cabalgas igual que si fueras el rey.

Se me escapó con espontaneidad:

—Soy el rey.

La mujer me miró mitad incrédula y mitad sorprendida. No se acobardó:

—Entonces tendremos que repetir para confirmar la soldadura de la realeza.

—Os lo prometo.

Al volver junto a mi consejero, que me esperaba inquieto, me ofreció un trago de vino. Me resultó muy reparador, me refrescó el cuerpo y el deseo.

—¿Conforme, majestad?

—Perfectamente.

—¿Habéis disfrutado?

—Mucho. No sabía yo que la vida y el cuerpo estuvieran tan unidos para satisfacernos con tanta intensidad. He prometido que repetiría.

—Sin prisas, majestad. Todo se andará a su debido tiempo. No es aconsejable que las nuevas experiencias se amontonen; sobre todo si son muy gozosas, debe haber espacio para saborearlas.

Hubo un largo silencio. A mí se me acababan las palabras, solo pensaba en el goce recibido.

De nuevo habló él con sinceridad:

—Inicialmente me sentí responsable y a la vez culpable por dar mi aprobación para que os estrenaseis con una mujer, con una cantonera; sin embargo, pronto pensé que había obrado con sensatez y con mucha lógica. Estáis en la edad decisiva, en la edad de conocer y disfrutar de los encantos de una mujer. El cuerpo, a medida que se transforma, pide nuevas experiencias. Me pareció que, ya que teníais tanto interés en conocer un prostíbulo, era el momento y el lugar más apropiados.

—Os agradezco la aprobación.

Después de unos momentos dubitativos, mi consejero volvió a tomar la palabra:

—Mientras os esperaba de vuestro estreno..., estaba pensando que era preferible que os estrenarais aquí con una mujer suficientemente experimentada que os aporta maestría y serenidad, a que corrierais detrás de una dama de palacio de las que buscan verse beneficiadas con vuestra relación y la dejarais preñada. Os ha llegado la hora de demostrar vuestra virilidad.

—¿Cómo decís, consejero?

—Que a partir de ahora entendemos que podéis procrear, sin embargo, no es prudente soltar la simiente por doquier y que se multipliquen los herederos bastardos. Todos abren la boca y piden, piden cargos eclesiásticos, militares...

—No os entiendo.

Pretendió explicarme:

—Majestad, solo debéis tener descendencia con la mujer que os caséis. Debéis colmarla de dones; sin embargo, no debéis repartir

vuestra generosidad por las villas de la corona. ¿Os imagináis cuatro o seis bastardos...?

Le corté tajante:

—No me recordéis la palabra, con los que ha tenido mi padre con la barragana Leonor de Guzmán es más que suficiente. No pretendo aumentar la población.

—Pues copiad de ello para no caer en el mismo defecto que tanto os incomoda y perjudica.

—Es una sabia lección, consejero.